

Del Misticismo Activo

P o r A L F O N S O R E Y E S

COMIENZA a ser clásico el libro de William James en que, renovando el estudio del fenómeno religioso y abandonando la parte ritual por la psicológica, describe una serie de experiencias y esboza la idea que ha de explicarlas. En aquella galería de cuadros exaltados, uno me seduce sobre todo: el caso del misticismo militar. En el centro de la vida—teórica al menos—del soldado hay un misticismo: el soldado como tipo ideal debe estar dispuesto a dejar ciudad, casa y comodidades, familia y aun la vida misma al toque del tambor. Y esta presteza o ligereza esencial—el desprendimiento de todo lo que pesa y se adhiere sobre su alma—es ejemplo de santidad: es símbolo de consagración a los deberes del alma, cuyos enemigos dice el Texto que son los bienes de la tierra. Así, *por la perfecta disponibilidad a la acción, se acerca el guerrero al ente divino o perfección mística definida por Santo Tomás y que consiste en ser acto puro*. Y es cierto: cada brizna que la hormiga acumula es un signo de energía guardada, potencial—imperfecta.

Por oposición a este misticismo al aire libre, el misticismo de la celda es insano. Mientras el guerrero ha abdicado de todo lo que no es activo en su ser, el santo, en la inacción, se concentra—que es la fórmula más rehacia del egoísmo. El santo cierra los ojos para que el mundo no le robe la virtud de sus miradas, y en tanto el guerrero las dilata por los campos donde galopa su caballo—campos que no tiene tiempo de amar ni desear: apenas sí de contemplarlos. El guerrero todo se da.

España, en Paz

P o r A N T O N I O M A C H A D O

En mi rincón moruno, mientras repiquetea el agua de la siembra bendita en mis cristales, yo pienso en la lejana Europa que pelea, el fiero norte, envuelto en lluvias otoñales.

Donde combaten galos, ingleses y teutones, allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría, sobre jinetes, carros, infantes y cañones pondrá la lluvia el velo de su melancolía.

Envolverá la niebla el rojo expoliario —sordina gris al férreo claror del campamento—, las brumas de la mancha caerán como un sudario de la flamenca duna sobre el fangal sangriento.

Un César ha ordenado las tropas de Germania contra el francés heroico y el triste moscovita y osó hostigar la rubia pantera de Britania. Medio planeta en armas contra el teutón milita.

¡ Señor! La guerra es mala y bárbara; la guerra, odiada de las madres, las almas entigrece; mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra? ¿Quién segará la espiga que junio amarillece?

Albión acecha y caza las quillas en los mares; Germania arruina templos, moradas y talleres; la guerra pone un soplo de hielo en los hogares, y el hambre en los caminos, y el llanto en las mujeres.

Es bárbara la guerra y torpe y regresiva; ¿por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha que siega el alma y esta locura acometiva? ¿por qué otra vez el hombre de sangre se em- (borracha?

La guerra nos devuelve las podres y las pestes del Ultramar cristiano; el vértigo de horrores que trajo Atila a Europa con sus tartáreas hues- (tes;

las hordas mercenarias, los púnicos rencores; la guerra nos devuelve los muertos milenarios de cíclopes, centauros, Heracles y Teseos; la guerra resucita los sueños cavernarios del hombre con peludos mamuthes gigantes.

¿Y bien? El mundo en guerra y en paz España (sola.

¡Salud, oh buen Quijano! Por si ese gesto es tuyo, yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz española, si no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo.

Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes en esa paz, valiente, la enmohecida espada, para tenerla limpia, sin tacha, cuando empuñes el arma de tu vieja panoplia arrinconada; si pules y acicalas tus hierros para, un día, vestir de luz, y, erguida: *heme aquí, pues, España en alma y cuerpo, toda para una guerra mía, heme aquí, pues, vestida para la propia hazaña, decir para que diga quien oiga: es voz, no es eco, el buen manchego habla palabras de cordura, parece que el hidalgo amojamado y seco entró en razón, y tiene espada a la cintura;* entonces, paz de España, yo te saludo.

Si eres vergüenza humana de esos rencores cabezudos con que se matan miles de avaros mercaderes, sobre la madre tierra que los parió desnudos; si sabes cómo Europa entera se anegaba en una paz sin alma, en un afán sin vida, y que una calentura cruel la aniquilaba, que es hoy la fiebre de esta pelea fratricida; si sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas al mar y al fuego —todos— para sentirse her- (manos

un día ante el divino altar de la pobreza, gabachos y tudescos, latinos y britanos, entonces, paz de España, también yo te saludo, y a ti, la España fuerte, si, en esta paz bendita, en tu desdeño esculpes, como sobre un escudo dos ojos que avizoran y un ceño que medita.

Baeza, 10 de noviembre de 1914.